

La calle
Diario de un espectador
Adriana

para el jueves dos de julio de 2009

por miguel ángel granados chapa

De Adriana, la primera amante que José Vasconcelos retrata en su autobiografía decía “la fama que no se le podía encontrar un solo defecto”. Eso gustaba al autor del Ulises Criollo, no la perfección en sí misma, sino el que las mujeres a las que sedujo tuvieran una imagen pública, acaso porque deseara suscitar la envidia masculina. O tal vez por que parejas de ese rango desafiaban su inteligencia y su virilidad.

Ayer empezamos a hablar de Adriana, presente en la vida de Vasconcelos, el gran escritor y hombre público que murió hace medio siglo, el 30 de junio de 1959, durante la breve primavera que ellos y el país vivieron bajo el Presidente Madero. Una primavera, hay que decirlo, no exenta de huracanes y tormentas, que anunciaban la catástrofe provocada por Huerta y sus esbirros. Sigamos hoy leyendo la imagen que Vasconcelos transmite de ella a sus lectores, porque es un ejemplo de lo que la tardía y miope censura eclesiástica admitida por el autor arrancó de su obra:

“Largo el cuello, corto el busto, aguzados los senos, ágilmente musical el talle, suelto el ademán, estremecía dulcemente el aire desalojado por su paso. Bajo la falda, una pantorrilla gruesa remataba en tobillo airoso, redondo, y empeine arqueado de danzarina. El vientre de Adriana era digno de la esmeralda de Salomé. Deprimido el estómago, adelantado en el pubis. Cuando vestía seda entallada color de vino, su cutis delicado era nacar y oro. Y bastaba tocarle la mano para sentir la voluptuosidad de los serrallos.

“Tan rara perfección del demonio andaba ya por los treinta y no había llegado a bailarina ni a reina. De broma solía decirle que era lo mejor del botín revolucionario, por lo que yo me la adjudicaba. La vida anterior de Adriana era un tanto misteriosa: casada y divorciada una vez, viuda otra, conocía el idioma inglés con esa perfección que no se adquiere en los libros. Por el sur de Estados Unidos vivió una temporada y allí aprendió enfermería. Entre sus ascendientes había un ministro de Juárez y emigrantes vascos establecidos desde antiguo por Veracruz. Era perseguida de pretendientes y de murmuradores. Para dormir a su lado era preciso guardar un ojo en acecho. Especialmente en aquella casa quinta de árboles frondosos y tapias altas donde caían, ya tarde, dos o tres hermanos celosos.

“Uno de los más recientes caprichos de Adriana había sido presentarse en una asamblea de estudiantes de medicina, donde se hacía censura de su gestión como enfermera en campaña. Al principio, su belleza se impuso, pero se mostró gobiernista en su discurso y ciertos galanteadores despechados hicieron correr la voz de que era amante de Madero; la heroica asamblea se puso a sisearla. Ocurrió todo esto días antes de que yo la dirigiera. Lo primero que le aconsejé fue la abstención completa toda presencia en público, y el silencio. Que me dejara a mí liquidar esas cuentas; ya llegaría la ocasión.

“Se presentó esta, justamente, con motivo de las manifestaciones antimaderistas que siguieron a la visita de Manuel Ugarte. Los estudiantes, equivocados, se hacían

instrumento de los enemigos del nuevo régimen y del sentir de sus familiares heridos en algún interés personal, o simplemente resultaban un reflejo de la pasión acumulada en el ambiente del momento. Lo cierto es que llevaban días de celebrar juntas y pronunciar discursos en plazas y calles. Nos acusaban de falta de patriotismo...Tanta confusión de valores me irritaba aun sin estar yo mezclado en ella, pero ahora la amistad con Adriana me encendió". Vasconcelos emitió unas declaraciones contra los estudiantes que se organizaron en mítines y marchas para atacarlo, para concentrar su odio en él. Esa noche, él y ella cenaron juntos. "Después, ¿si los muchachos hubieran podido imaginar mi gratitud!" .